

Contra el “exclusivismo argentino”: los intelectuales venezolanos y sus esfuerzos por custodiar la vida y obra de Simón Bolívar (1910-1930)

MARÍA LAURA AMOREBIETA Y VERA
CONICET y Universidad Nacional de La Plata, Argentina

Aún cuando la justicia histórica debía ser suprema y exclusiva, venezolanos y argentinos, respectivamente, elevan con fervor y exclusivamente, éstos a San Martín, aquellos a Bolívar, al mismo tiempo que tratan de disminuir en el antagonismo de su celo los méritos del otro de los héroes.

Manuel de Oliveira Lima, *La evolución histórica de la América Latina: bosquejo comparativo* (1919).

Resumen

Este trabajo tiene como objetivo examinar los modos en que distintos intelectuales venezolanos se embarcaron, entre 1910 y 1930, en la tarea de revisar, consagrar y extender cierta versión sobre Simón Bolívar y su rol en la derrota de la causa realista y la construcción de un orden republicano en Hispanoamérica. Puntualmente, se detiene en las disputas historiográficas que sostuvieron con importantes figuras letradas de origen argentino consideradas responsables de difundir un discurso antibolivariano y “exclusivista” dirigido a erosionar la imagen del Libertador en beneficio de la nación y héroe argentinos.

Palabras clave: Bolívar; San Martín; nación; intelectuales; exclusivismo

Abstract

The purpose of this paper is to examine the ways in which different Venezuelan intellectuals embarked, between 1910 and 1930, on the task of revising, consecrating, and extending a particular version of Simón Bolívar and his role in the defeat of the royalist cause and the construction of a republican order in Hispanic America. Specifically, it focuses on the historiographical disputes they had with important Argentine literary figures considered responsible for spreading an anti-Bolivarian and “exclusivist” discourse aimed at eroding the image of the Liberator to the benefit of the Argentine nation and hero.

Keywords: Bolívar; San Martín; nation; intellectuals; exclusivism

Introducción

Hacia marzo de 1910, en las vísperas del centenario de la Revolución del 19 de abril, la Gobernación de Caracas convocaba a un concurso literario bajo la temática “influencia del 19 de abril en la independencia sudamericana”, del cual resultaría ganador el ensayo escrito por Laureano Vallenilla Lanz. Allí, el sociólogo e historiador de origen venezolano afirmaría que la gesta en cuestión había sido “la primera en destruir de hecho y de derecho a los representantes de España en América”, así como “en dar una doctrina y en proclamar un derecho revolucionario, delineando las formas precisas del sistema de gobierno que había de implementarse en todos los pueblos Hispano-Americanos”.¹

De esta manera, aun cuando la construcción simbólica de la nación venezolana se había puesto en marcha con anterioridad,² la conmemoración del centenario del inicio del proceso de independencia se constituyó en una ocasión excepcional para, entre otras cosas, continuar reelaborando y cimentando el culto patriótico y, en especial, el mito bolivariano.

En efecto, la institucionalización del 19 de abril como día inicial del movimiento revolucionario—no solo a nivel nacional, sino también en el resto de la América hispana—se produjo, precisamente, durante la mencionada celebración llevada a cabo bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-1935), quien aprovecharía aquella oportunidad para convertir en motivo de festejo nacional tanto la gesta independentista como su llegada al poder.³

Ahora bien, “puesto que la nación-patria-república fue la creación de Simón Bolívar, es lógico que conciencia nacional y conciencia bolivariana” lucieran “como una sola y misma cosa”,⁴ por lo cual no resulta sorprendente que la consagración local e internacional del 19 de abril involucrara un firme y sistemático esfuerzo por consolidar también el culto al Libertador.

Al respecto, Nikita Harwich apunta que la interpretación conservadora de la figura de Bolívar glorificada bajo el guzmanato sería aprovechada por Gómez, quien logró mantener y ampliar la imagen heroica del mismo a través de la labor de diferentes políticos e intelectuales, como Vallenilla Lanz y Vicente Lecuna, abocados a construir una imagen intachable e incomparable del héroe en cuestión.⁵

En esa misma línea, Frédérique Langue también hace una breve alusión al rol que ciertos hombres de la cultura tuvieron al momento de exaltar el heroísmo militar de Bolívar, tal y como sucedió con la obra de Vallenilla Lanz en las primeras décadas del siglo XX, el cual procuró conciliar las tendencias de Bolívar a favorecer un poder ejecutivo fuerte de corte cesarista con la ideología republicana a fin de dejar sin fundamento la idea de la “tentación monárquica” y, así, contribuir a despejar y encumbrar la imagen del Libertador.⁶

Precisamente, el período que se abre entre el centenario del inicio de la gesta emancipadora (1910) y el de la muerte de Bolívar (1930) sirvió de puntapié para la proliferación de numerosas obras, ensayos y artículos periodísticos que buscaron abonar dicha iniciativa. Pero si “la condición de Padre de la Patria implica unicidad, y sitúa a quien la vive en un nivel de grandeza y originalidad exclusivos”,⁷ encumbrar la figura de Bolívar—en Venezuela, pero también en el resto de América Latina—implicaba necesariamente establecer su superioridad respecto a cualquier otro personaje relevante del proceso independentista, especialmente, el general José de San Martín; lo cual derivaría en encendidos debates y controversias con los llamados historiadores “sanmartinianos” que también se habían lanzado a reivindicar el predominio y la excepcionalidad del prócer argentino.⁸

Por lo tanto, este trabajo tiene como objetivo examinar los modos en que hombres de la cultura y la política venezolanos—embarcados en la tarea de revisar, consagrar y extender cierta versión sobre Bolívar y su rol en la derrota de la causa realista y la construcción de un orden republicano—polemizaron con importantes figuras letradas de origen argentino consideradas responsables de difundir un discurso antibolivariano y “exclusivista” dirigido a erosionar la imagen del Libertador en beneficio de la nación y héroe argentinos.⁹

Para ello, se seleccionan una serie de libros, ensayos y artículos periodísticos publicados entre 1910 y 1930 por parte de reconocidos intelectuales y/o políticos venezolanos como Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936), Rufino Blanco Fombona (1874-1944), Eleazar López Contreras (1883-1973) y Jesús Arocha Moreno (1900-1960), cuya indagación permitirá ahondar en las disputas historiográficas y usos del pasado que involucraron aquellas tentativas por reasegurar y extender—tanto a nivel nacional como internacional—la “estatura heroica”

de Bolívar, así como el lugar precursor de Venezuela en las revoluciones de independencia hispanoamericanas.

La independencia, el republicanismo bolivariano y el “ensueño cesáreo”

En 1911, el escritor y diplomático antigomecista Rufino Blanco Fombona publicaba, desde su exilio en París, *La evolución política y social de Hispano-América*, donde no dudaba en afirmar que

el país que hizo mayores sacrificios por la independencia propia y la de toda América fue Venezuela. [...] Venezolanos ganaron la mayoría de las victorias continentales; cubrieron con su sangre o con la ajena todos los campos de batalla, desde Estados Unidos hasta Chile; comandaron el Ejército unido de toda la América del Sur, y fueron Presidentes de varias Repúblicas. [...]

Los pueblos que formaron luego la Gran Colombia asumieron desde el principio actitud republicana y legislaron en sentido democrático. Buenos Aires, por el contrario, fue en la mayoría de sus hombres eminentes resuelta partidaria del sistema monárquico.¹⁰

De este modo, el escritor venezolano sintetizaba las “dos tendencias” que, a sus ojos, habían imperado y competido al interior del bando revolucionario: la republicana y la monárquica, representadas por “los dos jefes militares que, subiendo el uno del Sur y bajando el otro del Norte, se habrían de encontrar en el centro de la América austral”; específicamente, en Perú, donde se librarían “las batallas decisivas de la libertad” y se decidirían “los destinos de América”.¹¹

Seguidamente, Blanco Fombona se detenía en un episodio fundamental en la trayectoria de los dos héroes en cuestión: las controvertidas conferencias ocurridas en Guayaquil en 1822, donde el Bolívar “republicano” y el San Martín “monarquista” se “separaron para siempre”. Allí, según la reconstrucción propuesta por el literato—quien, mordazmente, apelaría a la obra del reconocido político, militar e historiador argentino Bartolomé Mitre para respaldar sus conclusiones—, el héroe de Maipú y Chacabuco “abandonó el mando, abandonó el ejército, abandonó la América, y partió desde luego a Europa”,¹² imponiéndose, de esa forma, la voluntad del jefe militar del Norte:

Las ideas de Bolívar habían triunfado. La América sería republicana. Circunstancias especialísimas de medio social y político, y la gran fuerza de su genio, habían hecho del Libertador, según

expresa el biógrafo de San Martín, “el hombre más poderoso de la América del Sur y el verdadero árbitro de sus destinos”.¹³

Tiempo después, Blanco Fombona, lejos de abandonar el asunto, volvería sobre el mismo al publicar un polémico editorial titulado “Bolívar y el General San Martín” en la revista londinense *Hispania*, ocasionando, en palabras de aquel, una “furiosa contienda” con algunos diplomáticos y/o intelectuales argentinos como Roberto Levillier, Alfredo Colmo y José Ingenieros, la cual duraría varios meses y sería recogida por diversos medios periodísticos y figuras letradas de la región.

En aquella nota, el autor retomaría el encuentro de Guayaquil para advertir que la retirada de San Martín del escenario de la guerra y su alejamiento del poder no habían constituido un acto tan sencillo ni desprendido—como, en cambio, lo caracterizaban los “sanmartinianos”—ya que, en verdad,

San Martín no cedió de buenas a primeras. Quiso: primero, que Guayaquil perteneciera al Ecuador; segundo, que Bolívar auxiliara al Perú; tercero, que el Perú se constituyese en monarquía, con algún príncipe europeo a la cabeza.

El Libertador, por su parte, sostenía: primero, que Guayaquil debía pertenecer a Colombia; segundo, que si un grande ejército de Colombia pasaba al Perú, pasaría él a la cabeza; tercero, que la República debía ser la forma de Gobierno que adoptaran los hispanoamericanos.¹⁴

Ahora bien, una vez esclarecida la “verdad” en torno al encuentro entre los próceres y sus “opuestos conceptos de la vida y del gobierno”, el escritor venezolano prestaría especial atención a la labor de Mitre, presentado como el principal responsable de “ennegrecer y desfigurar a Bolívar”,¹⁵ de “cortarle las alas al cóndor y la cabeza al gigante” con el propósito de que San Martín—quien, por otro lado, no había sido siquiera libertador de Argentina—alcanzara “la estatura vertiginosa del Libertador”.¹⁶

Después de contradecirse cien veces en cada capítulo, y llevar la mala fe desde la apreciación torcida y las citas trucas hasta el recuento de la conseja grotesca y la falsificación de documentos [...], este hombre paciente y rencoroso, que pasó sesenta años de su vida buscando sombras que arrojar sobre la frente del Libertador; este foliculario de odio injusto y callado, en cuyos cuatro gruesos volúmenes no se puede encontrar una palabra de simpatía

para el hombre que dio libertad definitiva a la América del Sur; este anciano mediocre y deslenguado, que opina que la cabeza de Bolívar estaba “llena de viento” [...], estampa, a pesar suyo: “Todas las obras de Bolívar, así en el orden político como en el militar, son tan características, que ha sido necesario inventar palabras para simbolizarlas”.¹⁷

Así, Blanco Fombona condenaba al biógrafo de San Martín, exhibiéndolo como un “historiador sin escrúpulos” que en su “novela histórica” osaba llamar “a la revolución de la independencia continental *revolución argentina americanizada*”, ubicar al mencionado prócer “por encima de Bolívar” y afirmar que “la obra política de San Martín” todavía perduraba y “que la de Bolívar” había muerto “con él”; suscitando, de esa manera, “rivalidades entre los descendientes y juzgadores de esas dos figuras americanas”.¹⁸

Dos figuras que no podían ni debían ser igualadas, más allá de los esfuerzos de Mitre e incluso del propio San Martín, quien, según alegaba el escritor venezolano, habría intentado a lo largo de su vida emular sin éxito al Libertador:

San Martín necesita un título que equivalga al de Libertador, que los Congresos y los pueblos daban a Bolívar, y asume—nadie se lo dio—el de Protector. Es más: instituye una Orden del Sol, como Bolívar la Orden de los Libertadores. Aunque con una diferencia: la una es aristocrática y con ella se premia a los marqueses y a los generales; la otra es absolutamente democrática y con ella se premia a los patriotas civiles mas humildes y a los soldados rasos. La Orden fundada por San Martín, chocante a la República, desapareció con su Gobierno; la de Bolívar perdura, más de un siglo después de establecida.

Es más: el héroe rioplatense, que jamás reunió Congresos nacionales, sino que solicitaba con los soldados españoles reyes peninsulares para el Perú; que opinaba que la convocación de Asambleas americanas le parecía inútil, [...] convoca un Congreso apenas siente de cerca la influencia de Colombia. Y no bien regresa de la entrevista con Bolívar, renuncia ante el Congreso, imitando en el acto y en el discurso, discursos y actos de Bolívar. “Repetición, confiesa el propio Mitre, de lo que había dicho Bolívar antes” [...] Solo que el Congreso a él sí le aceptó la renuncia.¹⁹

Más aun, “muchos años después de muerto Bolívar”, continuaba Blanco Fombona, “llegó para San Martín la hora de ver claro, de rectificar errores,

de comprender que la América sí podía ser republicana. Veía también que el mundo veneraba ya a Bolívar por haberse encargado”, después de “la ausencia voluntaria” del primero, “de independizar la América entera”.²⁰ Por lo tanto, ¿de qué manera habría buscado corregir tales equivocaciones el prócer en cuestión? Publicando, más específicamente, falsificando, “una carta suya, como dirigida a Bolívar, en 1823”, en donde aparecía “sacrificándose voluntariamente” a él; algo que, por otra parte, Mitre encubriría tiempo después con su pluma.²¹

De todos modos, el intelectual caraqueño no dudaba en aclarar que San Martín había sido—no obstante aquella “pequeñez”—una figura relevante del proceso independentista. El problema, en todo caso, lo constituían “el Sr. Mitre y la escuela de pseudohistoriadores por él fundada, y sostenida por el Estado argentino”, los cuales se ocuparon de “fragar una historia digna de la riqueza nacional y del crecimiento de Buenos Aires” con el objetivo último de “probar que la Argentina, mejor dicho Buenos Aires, independizó a la América Latina”, que San Martín era “el hombre más grande del Continente”, que “Bolívar no fue sino un charlatán sin importancia” y “que los pueblos de la Gran Colombia” y “de la América toda fueron mera comparsa de Buenos Aires”.²²

Casi paralelamente, en otro artículo titulado “Simón Bolívar, la revolución de Hispano-América y la política española en 1821”, Blanco Fombona ahondaría en aquellos argumentos explicando lo siguiente al referirse al ascenso de los liberales al poder y su propuesta para los territorios americanos insurgentes:

Ya en ejercicio del gobierno, los constitucionalistas peninsulares enviaron comisiones a América [...] Sólo se ofrecía [...] la constitución de 1812 [...].

En toda América, con la única excepción de Colombia, se convino en conservar la forma monárquica y [...] someterse a España. [...] En el Perú, el general San Martín, en las célebres conferencias de Punchauca, no sólo aceptó reconocer la forma monárquica, que había preconizado y defendido toda su vida, como la única viable en América, sino que se sometió al general español La Serna, reconociéndolo como regente del Perú, y hasta ofreció personalmente ir a España en solicitud de un príncipe [...]

Cuanto a la Argentina, donde reinaba el espíritu monárquico en la inmensa mayoría de los personajes influyentes, convinieron éstos en someter las Provincias Unidas al gobierno español [...] el espíritu nacional, o mejor dicho, el espíritu de los oligarcas dirigentes, estaba por el avenimiento con España, a cualquier precio, como lo estuvo, todavía en 1824, Rivadavia, y por la aceptación de un príncipe extranjero.

Chile abundaba en las propias ideas monárquicas que Argentina. El dictador militar que gobernaba no osó apellidarse presidente sino director, como el jefe del gobierno en las Provincias Unidas [...] Aunque hubiera tenido Chile ulteriormente veleidades republicanas [...], su situación entre Argentina y Perú, ya monarquizados, con príncipes españoles a la cabeza, lo obligaba a someterse, y el propio general San Martín lo hubiera probablemente sometido [...].²³

Así pues, el intelectual resaltaba la excepcionalidad del caso colombiano—reticente a aceptar la propuesta de los comisionados de España—pero, sobre todo, exaltaba la “intransigencia” y “energía desahogada” de Bolívar, quien al negarse “a tratar sino sobre la base de la independencia absoluta, y sin mencionar siquiera príncipes españoles para Colombia”,²⁴ habría vuelto “viable en toda la América la independencia” y “la democracia republicana”.²⁵

Todo ello a pesar de las tendencias “monárquicas”—entonces desplegadas en una importante porción del subcontinente americano—de San Martín y las autoridades argentinas, quienes se habrían lanzado a “solicitar un príncipe de cualquier país” como podía observarse, apuntaba el escritor venezolano, “en la obra del argentino Adolfo Saldías: *La evolución republicana*”, la cual puso en evidencia “los extremos de vileza adonde descendió Rivadavia, el mulato ímprobo, presuntuoso y mediocre, destituido (sic) de todo sentido de las realidades sociales, en esta busca de un amo extranjero para su patria”.²⁶

En este contexto, Bolívar, “presidente de Colombia, única verdadera república existente en la América española, se decidió a oponerse primero diplomáticamente y, en último caso, por la fuerza a la monarquización de los demás Estados, empezando por el Perú”.²⁷ De modo que, según Blanco Fombona, fue el héroe caraqueño quien hizo triunfar, “contra propios y extraños”, la revolución y la república en América del Sur; razón por la cual “la posteridad que no se mueve por pasiones ni intereses, llama al padre de Colombia, al fundador de Bolivia, el Libertador de América”.²⁸

Incluso, el intelectual venezolano no dudaba en afirmar en su libro *Discursos y proclamas de Simón Bolívar* (1913) que había sido éste, con su triunfo en Ayacucho, quien había asegurado la independencia argentina al liberar a las cuatro provincias del norte, “donde se habían estrellado todas las expediciones militares del Plata” y donde el “mismo general San Martín, nombrado por su gobierno para llevar la guerra a las cuatro provincias argentinas del norte, no se atrevió a ir temiendo un fracaso, se fingió enfermo y terminó por pedir el puesto que obtuvo, de intendente de Cuyo”.²⁹

Al igual que Blanco Fombona, otra importante figura de la escena intelectual venezolana que también se lanzó a discutir la naturaleza de las revoluciones

de independencia hispanoamericanas fue Laureano Vallenilla Lanz, quien, al pronunciarse críticamente en una carta abierta titulada “La Argentina juzgada en los demás países de América” y dirigida a Ricardo Rojas luego de que éste publicara *La Argentinidad*, aseveraba:

Fíjese usted bien en estas fechas: 19 de abril de 1810 y 5 de julio de 1811, y me dirá usted si los argentinos pueden afirmar, sin incurrir en un grave atropello de la verdad y de la lógica, que Buenos Aires fué (sic) *la iniciadora* de la revolución hispano-americana, y si puede dársele a esa revolución, que fué (sic) en toda la América uniforme por sus causas, por sus ideales, por sus doctrinas y por sus tendencias, el nombre de *Argentinidad*.³⁰

A continuación, el historiador y firme defensor del régimen de Gómez profundizaba en las razones por las cuales consideraba que la obra de Rojas era un “atropello” a la “verdad” y la “lógica”, al tiempo que aprovechaba la oportunidad para demostrar la prudencia y rigurosidad de los venezolanos y señalar que la “vanidad patriótica” de ciertos argentinos se remontaba, incluso, a la figura de Juan Bautista Alberdi:

Los venezolanos, fundándonos en la anterioridad indiscutible de las fechas, podemos afirmar que aquí comenzó la revolución, y cuando decimos que se inició, no fué (sic) para toda la América como lo pretenden ustedes, sino para las provincias que entonces integraban la Capitanía General de Venezuela. Y la revolución comenzó en Caracas, por una simple cuestión geográfica; porque estando nosotros más cerca de Europa [...], aquí llegaron primero las noticias sobre los acontecimientos ocurridos en la Península. [...] Pero hasta nuestra mayor proximidad geográfica nos quiso discutir el señor Alberdi, cuando afirmó que Buenos Aires era el país de la América más cercano a Europa, olvidando por vanidad patriótica las nociones geográficas más elementales.³¹

Por otro lado, para Vallenilla Lanz, también había que tener cuenta, al momento de evaluar las trayectorias de estas dos naciones, el hecho de que la “evolución nacional” de Venezuela lograda durante la independencia y posibilitada por Bolívar, a quien cuadraba “muy bien el título de semidiós—por más anticientífico que quiera juzgársele—”, en la Argentina “se realizó muchos años más tarde, bajo el predominio de un tirano como Rosas, sin otro ideal [...] que sus instintos despóticos”.³² Al respecto, el intelectual añadía:

Es sensible que la Patria de usted no hubiera sido constituida por el general San Martín; que, al separarse del mundo, no hubiera dejado creada la nacionalidad para que se le pudiera llamar con estricta justicia histórica el Padre de la Patria. Su gran actuación militar y política se realizó fuera del territorio argentino, al punto de que fué (sic) mucho más tarde cuando la necesidad [...] de crear el culto de los héroes, fué (sic) dando poco a poco relieve a su gran figura y comenzó entonces el trabajo, que tuvo por obrero incansable al señor Mitre, de establecer el ya clásico paralelo con el Libertador Simón Bolívar, creyendo erróneamente que bastaba deprimir al uno para encumbrar al otro y en el cual error han continuado incurriendo tantos escritores eminentes y tantos Plutarcos intonsos, quienes deslumbrados por el fabuloso desarrollo económico de su país, se olvidan [...] que entre las cosas que no se compran está la Historia.³³

De esta manera, Vallenilla Lanz condenaba la pretensión argentina, reflejada en la pluma de importantes figuras letradas como Mitre y Rojas, “por establecer una hegemonía demasiado prematura sobre las demás naciones de Hispano-América”³⁴ justificada solamente en su “fabuloso” progreso económico, lo cual no solo se hacía menoscabando la imagen del Libertador a fin de engrandecer la gesta sanmartiniana, sino también soslayando el hecho de que fue la tierra venezolana—“donde nacieron los grandes hombres de la epopeya emancipadora”—“la fragua principal de la insurrección americana”³⁵

En este sentido, dos años después el escritor afirmaría lo siguiente en su célebre obra titulada *Cesarismo democrático*:

Con un velo pudoroso ha pretendido ocultarse siempre a los ojos de la posteridad este mecanismo íntimo de nuestra revolución, esta guerra social, sin darnos cuenta de la enorme trascendencia que tuvo esa anarquía de los elementos propios del país, tanto en nuestro desarrollo histórico como en la suerte de casi toda América del Sur. Venezuela fue, por causa de aquella lucha formidable, “una escuela de guerra para todo el continente”.

Si el levantamiento contra España hubiera sido unánime [...] sólo en dos batallas como Chacabuco y Maipó (sic), hubiéramos asegurado la Independencia de Venezuela y Nueva Granada. Jamás nuestros caballos llaneros hubieran pisado las altas cumbres de los Andes meridionales y nuestro Libertador tendría en la Historia

más o menos las mismas proporciones que el General José de San Martín.³⁶

De modo que, según Vallenilla Lanz, el carácter anárquico y prolongado de la guerra de independencia venezolana—pese a suponer una pérdida “en elementos de reorganización social, en tranquilidad futura y en progreso moral y material efectivos”³⁷—condujo, a fin de cuentas, a que Bolívar, su ejército y los territorios por estos liberados se vieran revestidos de una gloria y reputación inigualables, lo cual quedaba demostrado al comparar estos últimos con la más expeditiva aunque menos resonante empresa sanmartiniana.

En efecto, al hacer referencia a la “grande historia” venezolana, aquel no dudaba en caracterizarla como

la más cruenta, la que encierra en América mayores sacrificios por la conquista de la Independencia, la que cuenta con mayor número de héroes y de estadistas en la Emancipación del Continente, aquella en cuyo vértice resplandece la figura incomparable del LIBERTADOR, que si es para toda la América “el símbolo del ideal republicano”, es también para los venezolanos el símbolo sagrado de la nacionalidad y de la Patria.³⁸

Siguiendo esta línea, el historiador y abogado venezolano Jesús Arocha Moreno también criticaba en su obra titulada *Bolívar juzgado por el General San Martín. Origen, evolución y tendencia de los exclusivismos históricos* de qué manera “el análisis malicioso” efectuado por Mitre y “su escuela” arrasaba “por el lodo la obra de Bolívar”, “haciendo aparecer a San Martín como el numen tutelar” de todas las acciones guerreras llevadas a cabo durante la independencia:

El paso de los Andes de Bolívar es una consecuencia del paso de los Andes de San Martín; la victoria de Boyacá es una resultante de Maipú, y Maipú es el camino de Ayacucho. La gloria militar de Bolívar aparece, pues, como un reflejo de la gloria militar de San Martín y por San Martín, que ejecuta la mitad de la tarea, Bolívar llega al Pacífico.³⁹

Seguidamente, el autor sostenía que, a fin de “americanizar” la gesta “argentina”, Mitre había partido del supuesto de que “San Martín y Belgrano estaban convencidos de la necesidad de generalizar la revolución argentina” por todo

el continente “a fin de asegurar la independencia”.⁴⁰ Sin embargo, al remitirse a los hechos, Arocha Moreno encontraba que estos daban cuenta de otra realidad:

San Martín y Belgrano no podían estar convencidos de esa generalización que les atribuye Mitre porque para el año 1812, época en que el primero entró en la revolución argentina, ya en muchas regiones se había declarado, y sostenido con las armas, la independencia absoluta de España. [...]

Pero, si a pesar de los sucesos, Belgrano y San Martín acariciaron el proyecto de *americanizar la revolución argentina*, fracasaron, ya que Belgrano al fin se regresó a Buenos Aires, sin poder siquiera arrancar del dominio español las provincias del Norte argentino, y San Martín se retiró del Perú sin haber llenado su misión en ese país. No debe olvidarse, además, que, en el Perú, San Martín cambió colores e ideas argentinas—como quien dice si te conozco no me acuerdo—por colores e ideas peruanas, procediendo en todos sus actos como peruano y no como argentino [...]

Nada de *revolución argentina americanizada* [...] en ese grupo de revoluciones hispanoamericanas que constituyen la Revolución, Bolívar fué (sic) el pensador, el sociólogo, el genio, el político, “el superhombre de Nietzsche, el personaje representativo de Emerson”.⁴¹

Así pues, ese “exclusivismo nacionalista argentino”—el cual respondía a un “afán vanidoso” de asignar al país en cuestión y a sus ciudadanos una “superioridad militar, intelectual, o política”⁴²— carecía, según el historiador, de fundamentos empíricos y resultaba, ante todo, hipócrita:

No es raro, pues, que al llegar Mitre a la Presidencia de la República olvidara su argentinidad americanizada, y se creyera él, y creyera a su país europeo, declarando que lo americano—es decir, Rosas, Quiroga, las pampas, las provincias, todo el país—no era argentino, porque no se vestían de frac y con sombrero de copa, símbolo característico de la civilización, según el pensar de Sarmiento y del historiador Vicente F. López.⁴³

Por consiguiente, Arocha Moreno no solo cuestionaba la trascendencia otorgada a la gesta sanmartiniana por parte de célebres intelectuales y políticos argentinos acusados, a su vez, de falsear los hechos sobre la independencia para encumbrar a la primera y, mediante esa operación, a la nación argentina y a sí

mismos;⁴⁴ sino que también denunciaba cómo muchos de ellos habían traicionado lo que el autor consideraba auténticamente “americano” y “argentino” en pos de alcanzar una frívola apariencia europea.

Con todo, aun para quienes San Martín y los territorios que luego se conocerían como Argentina guardaban un lugar destacado en la lucha contra España, la actuación y el genio del Libertador resultaban, ciertamente, incomparables. En este sentido, Eleazar López Contreras también abonaría aquella empresa al publicar—en el marco de la conmemoración del centenario de la muerte del héroe caraqueño y luego de ser nombrado por Gómez como Jefe del Estado Mayor General interino—su obra titulada *Bolívar, conductor de tropas*, donde afirmaba que “el destino” había puesto en éste “las excepcionales condiciones del estadista y del guerrero, y como el que más de los grandes hombres de la antigüedad, edad media y moderna” había logrado mantener “ese difícil equilibrio en tan raras facultades”.⁴⁵

De esta forma, tras detenerse en diversos personajes históricos como Alejandro el Grande, Aníbal, Julio César, Federico, Napoleón y Washington, el militar y político venezolano recuperaría la figura de San Martín para caracterizarlo como un “[h]ábil conductor de tropas en la invasión de Chile y en el desarrollo de la guerra del Perú, hasta la ocupación de la Capital”, cuando en adelante daría “predominio a la política” en vez de decidirse “a resolver la guerra por medio de la batalla, como lo hubiera hecho el Libertador”,⁴⁶ sentenciaba López Contreras, quien cerraría la lista de personajes históricos concentrándose en el héroe caraqueño y las dificultades que solo éste habría tenido que afrontar:

Bolívar debió primero imponerse por medio de sus ideales y principios en la conciencia de los pueblos, formando a la vez el sentimiento nacional y la subordinación de los hombres de lucha a su acción personal. No pudo contar con el amplio apoyo de ningún estado, sino con la ayuda muy limitada—y en dos cortos períodos—del Gobierno de Nueva Granada y de Haití y de algunos particulares. Tampoco fueron puestos a su disposición ejércitos, ni dinero para su reclutamiento.⁴⁷

De modo que Bolívar—quien, en palabras de López Contreras, no sostuvo “guerras de conquista, de religión, raciales o de predominio político, comercial o marítimo” y cuyas campañas se desarrollaron “bajo la orientación política, precisa y única, de la liberación continental”—⁴⁸ era un “guerrero” y un “estadista” excepcional, respecto del cual “ninguno de los grandes capitanes” antes mencionados se le asemejaban.⁴⁹

Ahora bien, además de establecer y fundamentar la superioridad de genio y pensamiento de Bolívar durante la gesta emancipadora—amenazada por la pluma de reconocidas figuras letradas argentinas interesadas en enaltecer a San Martín a costa del primero—, este conjunto de intelectuales venezolanos también se vería obligado a atender al momento inaugurado luego de ser ganada la guerra contra España, es decir, la organización efectiva de los nuevos Estados bajo el mando del Libertador, su propuesta de gobierno y su forma de ejercer el poder.

Si el “norte de la América del Sur” había sido “partidario de la República, de la República federal, a imitación de los yanquis, y de una democracia a ultranza” y el “extremo austral era, por el contrario, como se ha dicho, partidario de la Monarquía con monarcas europeos”,⁵⁰ la posición de Bolívar habría constituido, a ojos de estos intelectuales, una alternativa superadora:

Los ideólogos americanos son simplistas: quieren unos Monarquía, otros República federal, extremos irreconciliables. Bolívar se sitúa en el término medio desde el principio de la Revolución, y cada día, por la experiencia de los negocios públicos, se confirma en sus opiniones. Desea e impone hasta donde puede un poder conservador de las sociedades cuya evolución ha impulsado y presidido. Quiere salvar su obra a todo trance contra la anarquía y la demagogia internas, de un lado, y contra la amenaza europea, entonces constante, del otro.⁵¹

Y más allá de que el intelectual venezolano reconocía que “Su concepto del Poder público” fue “poco a poco cesarizándose, obediente a su raza, obediente a las necesidades del medio social anárquico y obediente a su propio temperamento de hombre de presa”, lo que el Libertador

intentó no fue, sin embargo, la opresión; fue la unidad: el ensueño cesáreo, que esta vez se confundía con una vasta y profética visión política. Quiso ser el Hegemón de la raza; recoger todos los pueblos de América en un solo haz, para formar, como él decía, “la madre de las Repúblicas, la más grande nación de la tierra”.⁵²

En esta línea, Vallenilla Lanz también rechazaría aquellas tesis que presentaban a Bolívar como un pretendiente a la corona en América. Para este autor, era necesario comprender que el centralismo y personalismo promovido por el héroe caraqueño—esto es, su actuación como “Gendarme Necesario”—habían respondido a una urgencia histórica:

Los hombres que como el Libertador poseyeron toda la amplitud de criterio para romper con los dogmas y solicitar, no la mejor constitución, sino lo que más convenía a pueblos inorgánicos recién emancipados de una larga tutela monárquica, tenían que chocar con los que contrariamente creían que “bastaba decretar para crear” [...]

La demostración más evidente [...] de la carencia absoluta de sentido práctico y de sentido histórico que caracteriza a la mayoría de los legisladores de América, está en el empeño que tuvieron no sólo de establecer un sistema tan complicado como el de la República representativa en medio de la guerra, [...] sino el de pretender [...] el implantamiento de la federación, que no venía a ser otra cosa que la sanción legal de la anarquía parroquial y caudillesca, autorizando la insubordinación [...] al único poder necesario y eficaz en aquellos momentos en que el fin primordial era el de vencer a los defensores de España [...]: ese poder único, personal, despótico, como todo poder militar en tiempos de guerra, estaba encarnado para Colombia y en un momento para casi todas las Repúblicas sudamericanas, en el Libertador. Lo demás eran quimeras que obstaculizaban la misma causa que estaban defendiendo.⁵³

Al igual que para Blanco Fombona, Vallenilla Lanz sostenía que aquel poder discrecional había sido esencial para derrotar la causa realista no solo en Colombia, sino también en el resto del subcontinente, “adonde fue, no arrastrado únicamente por su ambición de gloria, sino para asegurar la existencia de la Gran República que era su obra y su pedestal”.⁵⁴

No obstante, si para Blanco Fombona ideas como la del presidente vitalicio habían sido efectivamente un error, Vallenilla Lanz defendería aquella propuesta a partir de las características que él atribuía a la cultura política de una sociedad “inorgánica” y ajena a los principios republicanos como la hispanoamericana:

En ninguno de los elementos componentes de nuestra sociedad política encontraba Bolívar los instintos que pudieran conducir conscientemente a los legisladores a adoptar ciertos principios republicanos que hasta entonces [...] eran puramente teóricos. Por eso quiso desde los primeros momentos, que se constituyera un gobierno estable para que hubiese “la menor frotación posible entre la voluntad general y el poder legítimo”. Allí se ve como una necesidad imperiosa la institución del Presidente “boliviano”

[...] porque, conforme a las leyes del determinismo sociológico, ni en el español, ni en el indígena [...], ni en el africano [...] se hallaban los instintos políticos que determinan la alternabilidad del poder supremo.⁵⁵

Por lo tanto, frente a las acusaciones del “exclusivismo argentino” que, manipulando y desprestigiando sus acciones e ideas, calificaba al Libertador “de tirano y absorbente” o “genio ambicioso” a fin de detener “*la invasión que la obra boliviana*” estaba teniendo “*en la conciencia popular de América*”,⁵⁶ Arocha Moreno también volvería sobre el modo en que aquel había ejercido el poder, preguntándose: “¿Dónde está, pues, el error de Bolívar?... Sencillamente en que no se hizo ilusiones con la Democracia ni con la República en la América suya [...] no quiso ser demócrata de palabra para no serlo en la realidad efectiva”.⁵⁷

Y si bien el héroe caraqueño habría sido un firme defensor de los principios republicanos durante el proceso de independencia pero no había podido garantizar el ejercicio efectivo y total de los mismos una vez ganada la guerra debido a la inestabilidad política, la amenaza europea y la “índole de su pueblo”, debiendo proponer medidas como la presidencia y el senado vitalicios, su esencia había sido, insistía Arocha Moreno, democrática: “Bolívar venció siempre y fué (sic) el primero, pero la satisfacción del vencedor y el orgullo del general dió (sic) paso al espíritu democrático”.⁵⁸

Aun más, el abogado e historiador venezolano impugnaría a la “cáfila de historiadores del exclusivismo argentino”—entre los cuales incluía a Sarmiento, Mitre, Saldías y Rojas, entre otros⁵⁹—subrayando que, en todo caso,

San Martín no podía ser un republicano. Educado a la española, en los Institutos y campamentos de la Madre Patria, ninguna noción pudo tener de la verdadera república: no la conocía. Influenciado más tarde por las tendencias de la revolución argentina, San Martín arrastró consigo todos los errores, las vacilaciones y las incoherencias [...] de los directores políticos de Buenos Aires. [...] Aquella falta de fe que lleva a Alvear [...] a poner a disposición del gabinete inglés la integridad de la Patria [...]

No es raro, pues, sino, todo lo contrario, muy natural, muy de acuerdo con su psicología, que San Martín considerara a los *hombres como monos* [...] Alvear, Mitre y Rivadavia llamaban “salvaje”, “bárbaro”, “díscolo”, “feroz” y “vándalo” al pueblo argentino. Estas consideraciones no podían llevar a próceres de esta especie a pensar en la Democracia, que es la voluntad popular hecha gobierno, sino todo lo contrario, en sistemas absolutos, de represión,

como el gobierno protectoral del Perú o como la célebre dictadura de Rosas, tan loada por el General San Martín.⁶⁰

De acuerdo con Arocha Moreno, esa divergencia en la naturaleza de los héroes—reflejada en el accionar de cada uno de ellos durante la guerra de independencia—explicaba, entonces, las diferencias que a sus ojos existían entre el pueblo argentino y venezolano, así como sus gobiernos y culturas políticas:

Es probable que San Martín, formado en una escuela militar española, no participara de estas actitudes democráticas del Libertador, que se han conservado intactas en el modo de ser de los venezolaons (sic). Nosotros somos esencialmente demócratas; aquí las superioridades no se reconocen sino cuando se imponen de una manera positiva y auténtica.⁶¹

En la República Argentina, a pesar de la emigración extranjera, predomina el elemento criollo, y con este elemento la política tiene que ser criolla. Esta política no es *vieja* ni nueva, es la misma de hace cien años [...]. En 1830 se imponen los procedimientos de D. Juan Manuel de Rosas; en 1930 se imponen los de D. Hipólito Irigoyen. El gobierno de Rosas era descaradamente personal, sin elecciones, sin congresos, sin constitución, sin más ley ni más justicia que la voluntad del Dictador. [...] El gobierno del señor Irigoyen es disimuladamente [...] personal; existe la Constitución, “pero D. Hipólito Irigoyen interpreta este Código fundamental de acuerdo con sus ideas, sin escrúpulos”; existe el Congreso, “pero D. Hipólito Irigoyen llena sus necesidades sin ocuparse del cuerpo soberano”; hay elecciones, “pero los fuerzos (sic) siguen a un comisionado federal para anular sus efectos si los amigos del Presidente no obtienen la mayoría [...]”.⁶²

A fin de cuentas, lo que para Arocha Moreno quedaba en evidencia al revisar la trayectoria de San Martín y detenerse en ciertas figuras políticas posteriores a éste era, pues, la existencia de un “modo de ser” argentino—opuesto al venezolano—de carácter autoritario, personalista, aristocrático, corrupto y desvinculado del interés nacional, así como del “cuerpo soberano”. De esta manera, el intelectual daba un paso más al presentar al héroe en cuestión y su actuación política como el germen de una idiosincrasia argentina que, afirmada en una postura vanidosa y exclusivista, no hacía más que confirmar la grandeza moral de Bolívar y, en consecuencia, de la patria y el pueblo venezolanos.

Conclusiones

Fue durante el período transcurrido entre 1910 y 1930 que la preocupación por hacer de Venezuela una nación estable, fuerte y moderna cobró una relevancia decisiva para diferentes actores de la política y la cultura. Para ello, el régimen gomecista—además de centralizar el poder estatal—incrementó las inversiones en la actividad petrolera; y, en efecto, hacia 1928, la tierra de Bolívar se convertiría en el segundo productor de petróleo en el mundo y en el primer país exportador del mismo.⁶³

Paralelamente, el gobierno se propondría alzar su voz en el escenario internacional y disputar “un mayor protagonismo en el juego interamericano”, para lo cual reactualizó el mito bolivariano y lo ubicó como fundamento de una nueva diplomacia “orientada a constituir, bajo el liderazgo de Caracas, un eje de los ‘países bolivarianos’ que hiciera contrapeso al ‘Pacto ABC’ recién sellado entre las tres potencias del Cono Sur y a la política centroamericana desplegada [...] por México”.⁶⁴

A su vez, en aquellos años, este interés por regenerar a la nación condujo a diversos intelectuales—tanto orgánicos como opositores al régimen—a intentar forjar un discurso historiográfico moderno dirigido a refundar la memoria de la nación, el cual apeló a la multidisciplinariedad y ciertos criterios considerados “científicos”, al tiempo que convirtió al “‘momento’ independentista” en “el fundamento del ensayo de interpretación de la nación venezolana”.⁶⁵

Precisamente, es en ese contexto que se enmarcaron los libros, intervenciones y artículos periodísticos analizados en este trabajo. Puestos a construir un relato histórico que realzara la importancia de la gesta bolivariana, los políticos y/o intelectuales aquí mencionados encontraron un obstáculo en la historiografía argentina que destacaba el lugar preponderante de los hechos acontecidos en el Río de La Plata para explicar la independencia a nivel continental.

Por lo tanto, frente a la determinación de encumbrar a Bolívar como el personaje fundamental de las revoluciones de independencia, dichas figuras se sintieron obligadas a rivalizar con el “exclusivismo argentino” que, a sus ojos, había tergiversado los hechos a fin de engrandecer a San Martín y, de ese modo, consolidar injustificada y “prematuramente” su hegemonía sobre el resto de las naciones hispanoamericanas.

Con ese objetivo, todos ellos—sin importar su filiación política—se lanzaron, en primer lugar, a presentar a Caracas como el germen no solo de las acciones revolucionarias sino también de la doctrina republicana. A su vez, esto último funcionó en sus argumentaciones como el factor clave que explicaría el éxito de Bolívar y el carácter fallido e inconcluso de la empresa sanmartiniana.

Es que, para dichos autores, la férrea defensa del republicanismmo efectuada por el héroe caraqueño durante el momento independentista—cuando incluso al interior del bando revolucionario había quienes abogaban por la forma monárquica, como San Martín y las autoridades rioplatenses—fue lo que empujó a Bolívar a buscar con mayor determinación e intransigencia la derrota total del ejército realista, revelando así la naturaleza más moderada y especulativa de las decisiones políticas provenientes del Río de La Plata.

Justamente, de esto se servirían para justificar la superioridad moral, política y militar del Libertador—quien, como insistía López Contreras, conjugaba “las excepcionales condiciones del estadista y del guerrero” y como el más grande “de los hombres de la antigüedad, edad media y moderna” había logrado mantener “ese difícil equilibrio en tan raras facultades”—e inclusive alegar que, frente a una Argentina con un pasado y un presente considerado personalista, autoritario y corrupto, Venezuela era, en esencia, republicana y democrática.

Ahora bien, estos intelectuales también se lanzaron a probar que esa cualidad republicana no resultaba contradictoria con el hecho de que, una vez ganada la guerra, Bolívar haya ido, en palabras de Blanco Fombona, “poco a poco cesarizándose”. En efecto, todas estas figuras coinciden en señalar que el héroe tuvo la inteligencia para comprender que, a fin de lograr la unidad y construir “la más grande nación de la tierra” en medio de un escenario posrevolucionario anárquico, debía desprenderse de los modelos de gobierno extranjeros e intentar hallar una alternativa superadora que se adaptara al medio social, para lo cual la única salida habría sido la constitución de un poder ejecutivo fuerte, central y personalista aunque pretendidamente ajeno a los ideales monárquicos contra los que había luchado.⁶⁶

A fin de cuentas, la grandeza de Bolívar venía entonces a reafirmar la grandeza del pueblo venezolano en un momento de especial preocupación por consolidar a la nación y, en estrecha relación, de apuestas geopolíticas por ocupar un lugar de mayor importancia dentro del concierto de naciones latinoamericanas. La posibilidad de erigir a Venezuela como un país fuerte y moderno requería, pues, de un relato histórico que también lo fuera y en que el se demostrara no solo su trascendencia dentro de los acontecimientos, sino también que, ante las alternativas que ofrecía el escenario independentista, el héroe caraqueño se había inclinado por la opción que representaba el ideal de las naciones modernas—esto es, el republicanismmo— y no aquella ligada al pasado como el monarquismo.

De modo que, de las intervenciones aquí analizadas se desprendería que la modernidad latinoamericana habría nacido, en última instancia, en Caracas. En este sentido, frente a la “prematura” hegemonía de Buenos Aires basada en su “fabuloso” desarrollo económico, estos intelectuales y políticos venezolanos encontraron en el debate historiográfico el campo propicio para cercenar

las pretensiones del “exclusivismo argentino” y, al mismo tiempo, aportar al progreso de la nación.

Notas

1. Citado en Luis Ricardo Dávila, “Centenario e inventario de los problemas venezolanos”, *Historia Mexicana*, 60:1 (2010), p. 263.
2. La figura de Bolívar surgiría como elemento de unificación y reconciliación nacional a partir de 1842 con la repatriación de sus cenizas a Caracas. Ahora bien, el culto al Libertador llegaría a su punto cúlmine en tiempos del general Antonio Guzmán Blanco—puntualmente, en 1874 con la inauguración de una estatua ecuestre en la capital venezolana—cuando las fiestas patrias devinieron parte fundamental de su proyecto modernizador, centralizador y de pacificación nacional. Éstas—acompañadas de un auge arquitectónico y monumentalista y vaciadas de su contenido religioso al eliminarse el *Te Deum*—revistieron una función didáctico-moralizante, sirviendo también a la legitimación del régimen y exhibición del progreso material alcanzado bajo el guzmanato. Al respecto, véanse Pedro Enrique Calzadilla, “El olor de la pólvora. Fiestas patrias, memoria y Nación en la Venezuela guzmancista 1870-1877”, *Caravelle*, 73 (1999), pp. 111-30; Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar* (Caracas: Alfa Grupo Editorial, 2003); Nikita Harwich, “Un héroe para todas las causas: Bolívar en la historiografía”, *Iberoamericana*, 3: 10 (2003), pp. 7-22; Carmen Mc Evoy, *Funerales Republicanos en América del Sur: tradición, ritual y nación, 1832-1896* (Santiago de Chile: Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 2006); Elías Pino Iturrieta, *El Divino Bolívar* (Caracas: Editorial Alfa, 2006); José María Salvador González, “Construcción de un imaginario nacionalista mediante la estatuaria pública en la Venezuela de Antonio Guzmán Blanco (1870-1888)”, V Jornadas de Historia Contemporánea: “Teoría e historia de los nacionalismos”, Universidad de Oviedo, 2006; Leonor De Freitas, *Centenario del 19 de abril (1810-1910)* (Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Cultura, 2010); Inés Quintero Montiel, “‘De celebración perpetua’. Fechas, héroes y fiestas para la Nación”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 15 (2015); Frédérique Langué, “La Independencia de Venezuela, una historia mitificada y un paradigma heroico”, *Anuario de Estudios Americanos*, 66: 2 (2009), pp. 245-76; “‘Levántate Simón, que no es tiempo de morir’. Reinención del Libertador e historia oficial de Venezuela”, *Araucaria*, 13: 25 (2011), pp. 26-45; “Bolivarianismos de papel”, *Revista de Indias*, 77: 270 (2017), pp. 357-78; David Marciilhacy, “Bolívar, ‘Coloso de América’ y ‘Héroe de la Raza’. Un mito transnacional en los centenarios de entreguerras”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 50: 2 (2020), pp. 91-116.
3. Véanse Dávila, “Centenario e inventario”; De Freitas, *Centenario del 19 de abril*.
4. Germán Carrera Damas, “Simón Bolívar, el culto heroico y la nación”, *Hispanic American Historical Review*, 63: 1 (1983), p. 117.
5. Harwich, “Un héroe para todas las causas”, p. 13.
6. Langué, “La Independencia de Venezuela, una historia mitificada”, pp. 262-63. Respecto a la famosa obra de Vallenilla Lanz titulada *Cesarismo democrático*, se sugiere ver Javier Lasarte Valcárcel, “‘República sin ciudadanos’: historia y barbaries en Cesarismo democrático”, en Carlos Altamirano (dir.), *Historia de los intelectuales en América Latina. Volumen I* (Buenos Aires: Katz editores, 2008), pp. 334-59.

7. Carrera Damas, *El culto a Bolívar*, p. 96.
8. Al respecto, véanse Tulio Halperín Donghi, “Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina”, *Anuario del IEHS*, 11 (1996), pp. 57-69; Eduardo Hourcade, “Ricardo Rojas hagiógrafo. A propósito del Santo de la Espada”, *Estudios sociales*, 8: 15 (1998), pp. 71-89; Martín Kohan, *Narrar a San Martín* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2005); Alejandro Cattaruzza, *Los usos del pasado. La historia y la política argentina en discusión, 1910-1945* (Buenos Aires: Sudamericana, 2007); Fabio Murucidos Santos, “Ricardo Rojas e a construção biográfica de um herói nacional: San Martín, el santo de la espada”, *Revista Eletrônica da ANPHLAC*, 8 (2013); Beatriz Bragoni, *San Martín: de soldado del rey a héroe de la nación* (Buenos Aires: Sudamericana, 2012); “Rituales mortuorios y ceremonial cívico: José de San Martín en el panteón argentino”, *Histórica*, 37: 2 (2013), pp. 59-102; “El intercambio epistolar entre San Martín y Lafond”, *Prismas, Revista de historia intelectual*, 20 (2016), pp. 47-62; *San Martín. Una biografía política del Libertador* (Buenos Aires: Edhasa, 2019); María Laura Amorebieta y Vera, “‘Sin Maipú no habríamos cantado a Ayacucho’: usos y representaciones de San Martín en tiempos de consolidación del panteón nacional (1878-1930)”, *Revista Estudios del ISHIR* (en prensa).
También se recomienda ver el artículo escrito por Pablo Ortemberg, titulado “Geopolítica de los monumentos: los próceres en los centenarios de Argentina, Chile y Perú (1910-1924)”, en el que justamente muestra la relación entre conmemoraciones, relaciones diplomáticas e historiografía a partir del análisis de los proyectos escultóricos y la circulación de ciertos discursos bolivarianos y sanmartinianos. *Anuario de Estudios Americanos*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), 72: 1 (2015), pp. 321-350.
9. De todos modos, cabe señalar que existieron en el período importantes intelectuales y políticos de la región que abogaban por un latinoamericanismo, hispanoamericanismo o iberoamericanismo y que, en ese sentido, homenajearon la figura de Bolívar junto con la de San Martín, preocupados por no herir susceptibilidades locales. Tal fue el caso, por ejemplo, del jurista internacionalista argentino José León Suárez, conocido como el “apóstol del iberoamericanismo”. Véase Pablo Ortemberg, “José León Suárez y la ‘diplomacia de los pueblos’: Iberoamericanismo, reformismos y festejos Centenarios en la década de 1920”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 50: 2 (2020), pp. 41-65.
10. Rufino Blanco Fombona, “La evolución política y social de Hispano-América”, en *Ensayos históricos* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1981 [1911]), pp. 169-70.
11. *Ibid.*, p. 171.
12. *Ibid.*
13. *Ibid.*
14. Rufino Blanco Fombona, “Bolívar y el General San Martín”, en *Ensayos históricos* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1981 [1913]), p. 224.
15. Tulio Halperín Donghi, en un escrito titulado “Imagen argentina de Bolívar” (en *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas* [Buenos Aires: Sudamericana, 1987], pp. 111-139), explicaba que, para Mitre, Bolívar se habría visto caracterizado—a diferencia de San Martín—por la indisciplina, desmesura y una carencia de armonía interior, volviendo a la gesta emancipadora sudamericana la proyección externa de su drama personal. A su vez, el héroe caraqueño habría sido culpable de haber querido fundar en los estados independientes imperios con presidencias vitalicias “‘en pugna con el nuevo derecho de gentes inaugurado por la hegemonía argentina’”, p. 130.

De modo que, a ojos de Mitre, la derrota de Bolívar significó la victoria del proyecto argentino y sanmartiniano sobre el colombiano y bolivariano. Con todo, eso no implicaba una reivindicación ilusa de San Martín, a quien lejos de buscar engrandecer, Mitre se habría esforzado por asignar “sus verdaderas dimensiones”, destacando principalmente que su desinterés por la política y abnegación en el plano militar también daban cuenta de una falta de “inspiración intelectual” y de “vocación política”.

16. Ya el escritor modernista Manuel Díaz Rodríguez (1871-1927) había advertido en su viaje a Buenos Aires como delegado de la Cuarta Conferencia Panamericana, efectuada en octubre de 1910, cómo el “‘nombre del Libertador aparecía menguado, reducido a nombre de comparsa, cuando no se le callaba deliberadamente como el de un dios temeroso y maléfico,’ de lo cual había que culpar a la ‘propaganda de Mitre y sus adeptos’”. Citado en Carrera Damas, “Simón Bolívar, el culto heroico”, p. 112.
17. Blanco Fombona, “Bolívar y el General”, p. 227.
18. *Ibid.*, p. 230-32.
19. *Ibid.*, p. 228-29.
20. *Ibid.*, p. 230.
21. *Ibid.*
22. *Ibid.*, p. 233. En efecto, tiempo después, Blanco Fombona respondería a las críticas suscitadas por su artículo, explayándose sobre el asunto en cuestión: “Es natural, es justa la fiereza de este gran país, aunque su nombre no vaya unido todavía a ninguna grande obra de arte [...]; ni a ninguna conquista de la ciencia [...] Los motivos de su soberbia son [...] exclusivamente económicos; y consisten en que los ingleses han fundado allí empresas vigorosas, los italianos y españoles se han apoderado del comercio, de las industrias, desplegando laboriosidad e inteligencia y vanagloria la nación. Pero, ¿será una política hábil el que la República Argentina se complazca en denigrar a los demás pueblos del Continente, apabuyándolos (sic) con su superioridad mercantil? [...] No hay motivo, pues, de tanta soberbia, y sobre todo de tanto desdén, para con los demás países americanos. [...] ¿Ha producido hasta ahora la Argentina un solo hombre tan superior, ya como inventor, ya como pensador, ya como gobernante, ya como militar, que haga obscurecer a los hombres de las otras Repúblicas? Hasta ahora todos somos una democracia de mediocridades. Y la primera, en este sentido, sí puede ser la Argentina. Basta recordar que presenta como su hombre público representativo a Bartolomé Mitre, una amiba”, *ibid.*, pp. 246-47. Ahora bien, cabe recordar que unos años antes el intelectual encontraba en la Argentina un modelo a seguir por su país, al menos respecto a sus políticas para poblar al territorio: “¡Cuánto hay que hacer en provecho de nuestro país! Hay, lo primero y ante todo, que llevar cueste lo que cueste, inmigración, principalmente italiana y española. [...] Y llevar gente, no con cuentagotas, en grande, y sin peligro a complicaciones. La Argentina, en este caso, debe ser nuestro modelo”, Rufino Blanco Fombona, *Diarios de mi vida. Una selección* (Caracas: Monte Avila, 2004), p. 12.
23. Rufino Blanco Fombona, “Simón Bolívar, la revolución de Hispano-América y la política española en 1821”, *Cuba Contemporánea*, 1 (1913), pp. 19-20.
24. *Ibid.*
25. *Ibid.*, p. 21.
26. *Ibid.*, p. 22.
27. *Ibid.*, p. 24.
28. *Ibid.*, p. 25.

29. Rufino Blanco Fombona, *Discursos y proclamas de Simón Bolívar* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2007 [1913]), p. 118. Cursivas en el original.
30. Laureano Vallenilla Lanz, “La Argentina juzgada en los demás países de América”, *Revista Nosotros*, 103 (1917), p. 371. Cursivas en el original.
31. *Ibid.*, pp. 371-72.
32. *Ibid.*, pp. 374-75.
33. *Ibid.*, p. 375.
34. *Ibid.*, p. 376.
35. *Ibid.*, p. 377. Cabe recordar, en este punto, la misiva que César Zumeta (1860-1955) enviara a Vallenilla Lanz en 1917 en la cual reflexionaba: “En su inquina contra el viejo Dumas observaba Brunetière que ‘unos tienen la dicha de ser hijos de sus padres, y otros la de ser padres de sus hijos’. Atendidos a esta última dicha hay quienes se empeñan en que la talla histórica de San Martín crezca con las cifras de la prosperidad porteña y que, para compararla con la del caraqueño Don Simón, se encarama la figura de aquél sobre la montaña de granos y carnes exportados por la Argentina y se sitúe a Bolívar al pie de ese pedestal, en la hondonada que las estadísticas del comercio internacional reservan a Venezuela. El método es malo: los resultados peores. ¿Por qué no estarse a las proporciones establecidas por los mismos héroes argentino y venezolano después de las entrevistas de Guayaquil, y, muy especialmente, en las cartas donde, al reconocer aquél la jefatura suprema de Bolívar, pide servir a las órdenes ‘del hombre más extraordinario que ha producido la América meridional’, y declina éste el honor de considerar a sus órdenes al ‘Libertador del Sur’?” Citado en Carrera Damas, *El culto a Bolívar*, pp. 246-47.
36. Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1991 [1919]), p. 23.
37. *Ibid.*
38. *Ibid.*, p. 146. Mayúsculas en el original.
39. Jesús Arocha, *Bolívar juzgado por el General San Martín. Origen, evolución y tendencia de los exclusivismos históricos* (Caracas: Editorial Elite, 1930), p., 28.
40. *Ibid.*, p. 40.
41. *Ibid.*, pp. 41-2. Cursivas en el original.
42. *Ibid.*, p. 43.
43. *Ibid.*, p. 44.
44. Según Arocha Moreno, “en el exclusivismo de San Martín” se notaban “dos tendencias [...] Por una parte, la *exaltación de su abnegación* que lo salva de su fracaso en Perú; que oculta sus incertidumbre y sus desaciertos, sus derrotas y su falta de carácter, lo que Mitre llama el *destemplamiento*; la abnegación, que da matices de gloria a una retirada que su falta de capacidad política y militar le imponía para no ser echado del puesto. [...] No se preocupó San Martín de que su abnegación fuera, en manos de sus admiradores, el *Inri* de Bolívar, una sombra en el esplendor de su gloria, porque San Martín *en la política no tenía conciencia ni moralidad, ni retrocedía ante la perfidia*, y, porque, además las provocaciones de Miller otros iguales a él, le inspiraron la otra tendencia *odio hacia Bolívar*, injurias y menguadas interpretaciones, ofensas a su persona que se compaginaban admirablemente, con las consecuencias de la abnegación exaltada”, *ibid.*, pp. 320-21. Cursivas en el original.
45. Eleazar López Contreras, *Bolívar, conductor de tropas* (Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 2005 [1930]), p. 13.
46. *Ibid.*, p. 16.

47. Ibid.
48. Ibid.
49. Ibid., p. 17.
50. Blanco Fombona, “La evolución política y social de Hispano-América”, p. 171.
51. Ibid., p. 173.
52. Ibid., pp. 175-76.
53. Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático*, p. 121.
54. Ibid., p. 122.
55. Ibid., p. 112.
56. Arocha Moreno, *Bolívar juzgado por el General San Martín*, p. 319. Cursivas en el original.
57. Ibid., pp. 120-23.
58. Ibid., p. 301.
59. Ibid., p. 162.
60. Ibid., pp. 112-13. Cursivas en el original.
61. Ibid., p. 298.
62. Ibid., pp. 341-42. Subrayado en el original.
63. Fernando Coronil Ímber, *El Estado mágico: naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela* (Caracas: Editorial Alfa, 2013), p. 85. A su vez, cabe destacar que en 1930—centenario de la muerte del Libertador—los ingresos por el petróleo se multiplicaron al punto de posibilitar al gobierno venezolano pagar la totalidad de la deuda externa.
64. Marcihacy, “Bolívar, ‘Coloso de América’”, p. 19. De hecho, el autor muestra cómo Vallenilla Lanz fue uno de los delegados oficiales a quien se le encomendó dicha tarea.
65. Lasarte Valcárcel, “‘República sin ciudadanos’: historia”, pp. 348-50.
66. Es preciso recordar que Blanco Fombona fue el único que—quizás por su dura oposición al régimen gomecista—esbozó ciertas críticas respecto a algunas de las medidas sugeridas o implementadas por Bolívar que condujeron a tacharlo de autoritario pero, no obstante ello, el intelectual ofrecería una defensa dirigida a exculparlo, muy similar a la explicación propuesta por Vallenilla Lanz o Arocha Moreno.